



Un cuento NEGRO

HACE ya treinta años de esto y en mi recuerdo no se desdibujan los
 imágenes, ni en la memoria se me confunden los detalles. Años fe-
 lices fueron aquellos. Años de incesante felicidad, que, por lo mismo,
 se disfrutó a todo trapo.

Mi hogar era completo. Teníamos en el conector de casa la mesa más grande del barrio. A la cabecera don Nicolás y doña Victoria. De izquierda a derecha, Pedro, Rosalina, César, Fernando, Octavio, Jorge, Celedao, Toya, y Rato. Yo tengo plato bonito y tú un hencero... "¿Quién está comiendo?" "¿Quién cocinara?" "¿Qué felices aquellos." "Cosas así, no se juega, en la mesa comen misas." Así felices aquellos. Pero en misas decía mi madre. "Díez tra ve al mundo y los díez viven, con el favor de Dios..."

Años de incesante felicidad, aquellos que viví hace ya tres décadas. Los domingos llegaban mis tías, mis primas, la mamieta y la mamá. Salíamos al campo. Llena estaba la tienda de potrerres y huanas. Nosotros, los chicos, estábamos ligaditas por entre las tapas. En la cumbre de la colina, sobre las ceras, el mundo familiar comenzaba a vibrar. "¿Vida y millares" de la decada "autocracia" limeña: "¡La Paquita no es hija legítima de los O... esa fue cuando la niña mayor de don Juan Manuel se escapó con su coahero... 55 Nos daba sed y la tía nos regalaba con un vaso de chicha morada, tío con unas "ponderaciones" riquisimas y mamá con un regaño "¿Dónde te has metido que estás la majoncho... ¡no se revuetequen o los vuelvo a casa...!"

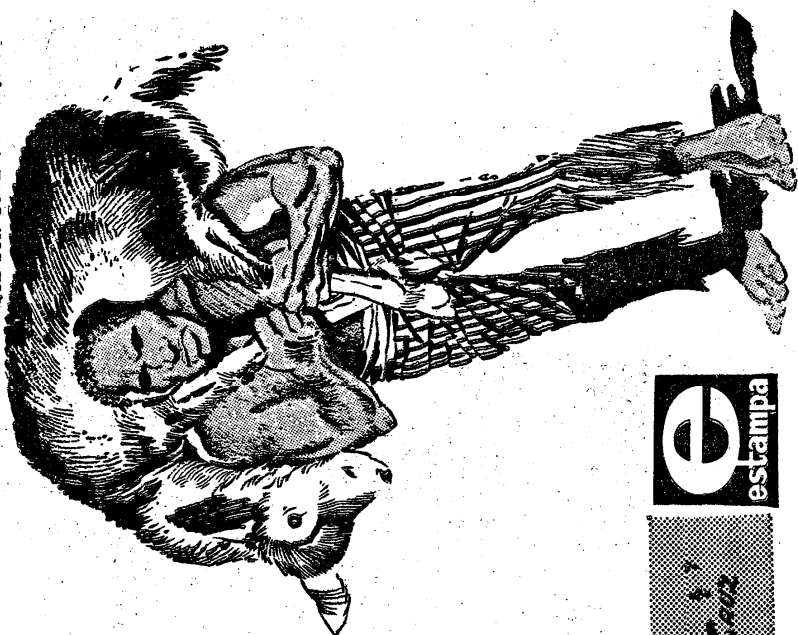
Ahora hablarán de "penas" y "entierros". Luego volverán a la genealogía limeña: cuando donna Fortuana en metá, le suelto la cabeza a la Amargura; pero vino un francés y le botó basis el diñino, cenitavo, se le llevó una hija y la pobre señora enloqueció... Oscuridad. Los grillos empezaban su monótono trinar y nosotros queríamos volver a casa. La mayor de mis tías contaba un cuento. Me gustaban mucho aquellos cuentos, aunque todos, o casi todos, terminaban igual: con el negro en la tina de jabón hirviendo e en la paila de miel, como castigo por haberse enamorado de su amita... pero, escuchamos:

"FRANCICA, BOTA FRIFO."
 "Había una vez un negro anegota que tenía un hijo llamado Venarique. El trabajaba en el campo, plantando arroz, cortando caña o apañando algodón. Su mujer se encargaba de los quehaceres de la casa y cuidaba de sus tres hijos, porque ellos no vivían en el galpón sino en la rancharía, atrás de la casa-hacienda.
 "Un día, al volver de sus labores

vió a decir a su negra: "Francica, botá friffo, que son comé venarique..." Esta vez, la negra, al escuchar el tono enérgico con que le hablaba su marido, no se hizo repetir la orden y, cogiendo en la mano un enorme machete, fue a la casa. Luego de botar su guiso de frijoles esperó que su marido matara el venado para cocinarlo.
 El negro esdró el armado brazo calculando degollar de un solo golpe su presa. En efecto, tiró el machetazo, pero con tal mala suerte que, en vez de darle al cuello dio a la soga que lo ataba. El venado, al verse libre, fugó corriendo monte arriba, y así, el negro ladrón, su mujer y sus tres hijos se quedaron sin comer, porque, como dice el refrán: "Lo mal adquiando pronto se pierde..."

Años felices aquellos, los de mi infancia, cuando mi hogar era completo. Mi suero, la mamá, los tíos, los sobrinos. Otros han viajado lejos muy lejos: México en Estados Unidos, Toya en Francia, Rafo en España... pero no se desdibuja en mi memoria la imagen hogareña del rito gastronómico en nuestra mesa, ¡la mesa más grande del barrio!... Otro día volveré por aquí para contarles uno de los tantos cuentos que escuché de refilón junto al ameno círculo familiar.

Este cuento folklórico, que indubiablemente data de la era negro-esclavista peruana, dio origen a un refrán muy popular hasta hace pocos años. Se aplicó al ambiente familiar peruano, "mancusar, escarmentar, castigar".
 Es decir, al que por pretensión o pedantería decía lo suyo, pronto y duradera por lucir ostentadamente lo que será efímero e impropio. Así, cuando una negra de aquellos tiempos, despreciaba a otro negro por aceptar un blanco, la celebración del galbón le gritaba en son de burla: "¡FRANCICA, BOTA FRIFO QUE SON COME VENARIQUE!"



Por **Miguel Sarmiento**

